

procurando, por el contrario, tenerle lejos de sí. El noble proceder del mariscal conmovió el duro corazón del deposeido soberano, que le expresó su reconocimiento y le dió como recuerdo su sable de Egipto, regalo del bey Amurates. En la noche del doce al trece de Abril, trató Napoleón de emponzñarse con un veneno que llevaba consigo desde la retirada de Moscou, pero el tósigo había perdido su funesta virtud en el trascurso del tiempo y la muerte no acudió al llamamiento que se le dirigía teniendo que resignarse á vivir el humillado Emperador.


El veinte de Abril, hecho los preparativos para la marcha y habiendo llegado los cuatro comisarios de las potencias aliadas que debían acompañarle, Napoleón hizo formar en círculo á la guardia imperial en el patio de honor del castillo y se despidió de ella. «Soldados, les dijo: ya no me resta más que una misión, y sólo para llenarla consiento en vivir, la de contar á la posteridad las grandes cosas que juntos hemos realizado.» «¡Pluguiese al cielo, escribe un historiador francés, que, fiel á su palabra, no hubiera intentado ninguna otra cosa!» Pronunciadas aquellas palabras, abrazó la bandera de la guardia. Los viejos veteranos, que no veían en él sino el gran capitán que tantas veces los condujera á la victoria, lloraban á lágrima viva. La guardia que se dejaba á Napoleón, había partido antes, de modo que aquél se puso en camino sin más escolta que los generales Drouet y Bertrand y los cuatro comisarios extranjeros con las personas que les acompañaban. La expedición fué triste. En los primeros departamentos que atravesó la comitiva, el pueblo gritaba aún: «¡Viva el Emperador! ¡Abajo los extranjeros!» Había conocido de cerca la invasión, y no veía en el desterrado más que al defensor del patrio suelo. Pero más allá de Lyon, los habitantes no ocultaban su hostilidad, oyéndose voces de «¡Viva el rey! ¡Abajo el tirano!» En Orgón, el populacho furioso asaltó los coches pidiendo que se les entregara al poco antes árbitro de los destinos del mundo para colgarlo ó arrojarlo á las aguas del Ródano; por fortuna, se había puesto aquél un uniforme extranjero y, gracias á este ardid, los comisarios pudieron salvarle la vida.

Una fragata inglesa esperaba al viajero en el golfo de San Rafael, costa de Provenza, allí precisamente donde desembarcara á su vuelta de Egipto, y ella le condujo á la isla de Elba. «Esta será la isla del reposo,» dijo Napoleón al desembarcar. No debía serlo mucho tiempo: su alma seguía devorada por el fuego de la ambición.



CAPITULO DÉCIMO-CUARTO

Luis XVIII.—El congreso de Viena.—Vuelta de Napoleón

 L acordar el Senado el restablecimiento de los Borbones en el trono de Francia, el abate de Montesquieu, que era el hombre de confianza del pretendiente, no había podido conseguir que se reconociera la existencia de un derecho real superior al principio de la voluntad de la nación. La fórmula adoptada para restaurar la antigua dinastía fué la siguiente. «El pueblo francés llama libremente al trono de Francia á Luis Estanislao Javier de Francia, hermano del último rey, y, después de él, á los demás individuos de la casa de Borbón». No se daba al monarca elegido el título de Luis XVIII, ni se admitía que hubiese habido entre él y su antecesor ningún otro rey de derecho ya que no de hecho. A mayor abundamiento, el Senado había redactado y votado una Constitución, que fué aceptada por el Cuerpo legislativo donde se mantenían en su esencia los grandes principios establecidos en mil setecientos ochenta y nueve. Luis Estanislao Javier no debía empezar á reinar hasta tanto que prestara juramento de fidelidad á la expresada Constitución, en la que si se confería al soberano el poder ejecutivo, se determinaba, en cuanto al legislativo, que lo compartiría con el Senado y una Cámara de diputados. El Código fundamental consagraba la libertad individual, la de cultos y la de imprenta, la venta de los bienes nacionales, la deuda pública y el olvido de todos los actos ejecutados desde el comienzo de la Revolución: en una palabra, restaurábase la dinastía, mas no el régimen caído en mil setecientos ochenta y nueve. Por desgracia, el Senado, que no era popular, exacerbó, con ciertos nuevos pri-

vilegios y ventajas pecuniarias que concediera á sus individuos en la Constitución, la antipatía con que era mirado por la opinión pública, la cual no comprendió que en aquellos instantes la citada Asamblea, á pesar de todo su servilismo y de sus miras egoístas, defendía la causa de la libertad. La impopularidad del Senado y la sórdida avaricia de sus individuos fueron circunstancias que explotaron hábilmente los realistas puros, para ir obteniendo desde los primeros momentos algunos triunfos, de mayor ó menor importancia, sobre sus adversarios. Así, por ejemplo, aunque el conde de Artois debió condescender, bajo la presión principalmente de Alejandro, á recibir del Senado la lugartenencia general del reino «hasta tanto que Luis Estanislao Javier de Francia hubiese aceptado la Carta constitucional», en vez de asumir dicha autoridad por derecho propio, como pretendía, al ser presentado á aquella asamblea por Talleyrand se limitó á declarar, ante los senadores, que el rey admitiría las bases de la Constitución (no la Constitución íntegra) y se abstuvo de agregar que la juraría. Además, la víspera del establecimiento de la lugartenencia general, se había adoptado definitivamente el uso de la escarapela blanca, que, valiéndose de manejos y subterfugios indignos de la seriedad de un gobierno, se logró imponer al ejército. Todavía, sin embargo, llevaban con honra la tricolor, desde las orillas del Garona hasta las del Elba, numerosos soldados franceses que aun mantenían enhiesta la bandera de su nación en las plazas sitiadas por los aliados.

Suspirábase en Francia por ver libre de extranjeros el suelo de la patria. El excéptico egoísta que dirigía los asuntos internacionales, Talleyrand, á trueque de gozar de una popularidad efímera apresurando la evacuación del territorio, renunció á discutir determinadamente con los aliados las bases definitivas de la paz para obtener el mejor partido posible y contentándose con que los engreídos vencedores prometieran de un modo vago ensanchar la antigua frontera francesa mediante la agregación de un millón de almas, sin decir en dónde las tomarían, hizo que el conde de Artois firmase el veintitrés de Abril un pacto, en cuya virtud se suspendía «todo género de hostilidades entre las potencias aliadas y Francia», interin se negociaba el tratado de paz. Los invasores se obligaban á evacuar las provincias que constituían el territorio de Francia antes del primero de Enero de mil setecientos noventa y dos, á medida que las plazas situadas más allá de los límites entonces existentes y que aún ocupaban las tropas francesas se desalojaran y se les entregasen á ellos. Esta entrega había de hallarse terminada para el primero de Junio del año que corría, pudiendo salir las guarniciones con sus armas y bagajes, incluso la artillería de campaña, pero sin deber llevarse ninguna otra cosa. El pacto de que hablamos, cedía á las potencias coaligadas, sin compensación de ninguna clase para Francia, cincuenta y tres plazas fuertes, doce mil cañones y numerosos arsenales y almacenes, provistos de excelente y costosísimo material de guerra. Stein, que fué uno de los ministros de los aliados que negociaron esta convención, dice de ella, en sus *Memorias*, que se privó

á Francia, por inadvertencia punible de su gobierno, de las prendas que tenía en su mano para alcanzar condiciones de paz menos desfavorables. «Realmente, la responsabilidad entera del convenio corresponde á Talleyrand; el conde Artois, con frivolidad propia de su carácter no hizo más que firmar lo que le presentaron. Se ha supuesto que el abandono de tanto material de guerra, cuya propiedad pertenecía incontestablemente á Francia, valió al antiguo obispo de Autun una buena recompensa pecuniaria por parte de los aliados, y esta sospecha pesa aún sobre su memoria.

Luis XVIII, que vivía cerca de Londres, dejó su retiro el veinte de Abril y entró con gran aparato en la capital de la Gran Bretaña, donde le dispensaron estusiasta recibimiento. Los ingleses estaban justamente orgullosos de haber derribado á Napoleón. Luis XVIII correspondió á sus aclamaciones diciendo públicamente al príncipe regente de Inglaterra, que «á sus sabios consejos, á sus nobles esfuerzos, á la infatigable perseverancia de su nación atribuiría siempre, después de la Providencia, el restablecimiento de su familia en el trono de Francia». Estos elogios, prodigados á la conducta de la Gran Bretaña, eran muy merecidos sin duda; pero, á pesar de ello, iban á resonar desagradablemente en los oídos de los franceses, que se figuraban ver en los tenaces insulares sus mayores enemigos, como así mismo en los del Emperador de Rusia, de quien tan sólo, entre todos los soberanos de Europa, podía prometerse Francia alguna benevolencia.

En los primeros años de la emigración, el hermano del infortunado Luis XVI no se desprendió de ninguno de los prejuicios del antiguo régimen; mas poco á poco fué modificando algo su lenguaje, al extremo que, en los documentos destinados á la publicidad que escribió ó autorizó al principio y al fin del Imperio, pareció comprender, hasta cierto punto, que era preciso transigir con las nuevas ideas y los intereses creados á su sombra. Al saber que le llamaban al trono de Francia, su primera intención había sido aceptar sin distinciones ni restricciones la Constitución votada por el Senado; pero las impresiones que su hermano le trasmitió y las que hubieron de comunicarle su confidente Montesquieu y aun el mismo Talleyrand, que comenzaba á fluctuar entre la soberanía nacional y la soberanía real, deseoso de hacerse lado con el rey, cambiaron sus disposiciones. Cuando desembarcó en Francia, tenía ya formada su resolución: estaba convencido de la necesidad de dar á su patria instituciones fundadas en la constitución senatorial; mas estimaba, al propio tiempo, que debía ser Luis XVIII, es decir, rey que ceñía la corona por derecho hereditario, correspondiéndole, por consiguiente, otorgar la Constitución y no sufrirla, recibir juramentos y no prestarlos. El emperador Alejandro, con sagacidad extraña en el monarca más absoluto del Continente, adivinó que, en esta pretensión de anteponer al principio de la soberanía nacional el de la monarquía histórica, se encerraban gérmenes de nuevas crisis para Francia y hasta para Europa en general, y fué, en su consecuencia, á visitar al rey á Compiègne, donde se había detenido para preparar su entrada en París,

y procuró influir en su ánimo mediante atinadas observaciones; pero Luis se manifestó sumamente reservado, eludiendo con fría dignidad aceptar consejos que dió á entender no necesitaba. El Czar de Rusia salió muy poco satisfecho de la entrevista.

Luis XVIII se trasladó de Copiegne á Saint-Ouen, donde recibió el dos de Mayo al Senado, al frente del cual iba Talleyrand, quien dijo á sus colegas: «El Rey en su sabiduría, quiere dar instituciones conformes con las luces de la razón moderna.» Iban los franceses á tener, por tanto, una Carta otorgada. Al día siguiente, se publicó en el *Monitor* la célebre declaración llamada de Saint-Ouen, en la que se decía. «Luis por la gracia de Dios rey de Francia y de Navarra, resuelto á adoptar una Constitución liberal y no pudiendo admitir una que debe ser rectificada, convocamos para el día diez de Junio al Senado y al Cuerpo legislativo, comprometiéndonos á darles cuenta de la que hayamos hecho con representantes elegidos en el seno de ambos Cuerpos, la cual ha de tener por bases el gobierno representativo, la votación de los impuestos por las Cámaras, la libertad de imprenta, la libertad de cultos, la irrevocabilidad de la venta de los bienes nacionales y la conservación de la Legión de Honor...» El mismo día tres de Mayo, Luis XVIII entró en París, donde fué bien acogido. Sin embargo, la impresión dominante en el público era como una especie de sorpresa al ver en lugar del jefe militar á caballo, que tenían costumbre de contemplar, un viejo grueso y gotoso, que llevaba grandes charreteras sobre su traje de paisano ó iba en una calea tirada por ocho caballos.

No bien se hubo instalado el nuevo monarca, se entablaron las negociaciones de paz entre Francia y las potencias aliadas, ostentando la representación de la primera Talleyrand, en su calidad de ministro de Negocios extranjeros. Por instigaciones de Metternich, los coaligados habían resuelto ultimar en París el arreglo de los asuntos concernientes á Francia, reservando para un congreso, que después se celebraría en Viena, la resolución de los problemas comunes á Europa. Talleyrand nada opuso á este pensamiento, con lo que perjudicó á su país, cuyos intereses nunca debió consentir que se desligaran de los europeos; pues la oposición que era de esperar surgiese entre éstos, podía permitir á Francia, ligándose á unos Estados ó á otros, obtener condiciones de paz menos onerosas.

Talleyrand pidió á los aliados que otorgasen á su patria el millón de almas que le ofrecieran; pero Luis XVIII, descontentando al Czar de Rusia, completó la obra comenzada en la convención de veintitrés de Abril. Alejandro había concebido la idea de renovar con los Borbones la alianza que antes le uniera á Napoleón haciéndola más estable mediante el matrimonio de su hermana con el duque de Berry, sobrino de Luis; mas éste, que tan cortés y obsequioso se mostrara con el regente de Inglaterra, recibía displicentemente las insinuaciones del poderoso Emperador, sucediendo lo que debiera haberse previsto, esto es, que al solicitar Talleyrand el que se aseguraba á Francia una frontera sólida, que comprendiesen el mediodía de Bélgica pasando por Mons, Namur y el Luxemburgo y to-

cando al Rhin por Kaisers-Lautern y Spira, Rusia no le apoyó, mientras lord Castelreagh rechazó en redondo tal pretensión, siendo sostenido por Prusia, que era hostil á Francia, y por Austria, que miraba la causa de ésta con indiferencia. Un individuo del consejo real propuso no ultimar nada y remitir al congreso de Viena la decisión del negocio. No fué atendido, y los aliados no se allanaron á dejar á Francia, independientemente del territorio de la antigua monarquía, sino la línea del Queich, por el lado del Rhin, y en el sudeste, el departamento de Vaucluse, antiguo condado Venesino, que antes perteneciera á los Estados del Papa, con más Chambery, parte de Saboya y, finalmente, hacia el Jura, Montbelliard: en junto, unas seiscientas mil almas. Respecto á las colonias, Inglaterra devolvía á Francia sus islas de la Martinica, Guadalupe y Borbón, quedándose con la de Francia, no obstante haber formado parte esta última del territorio de la antigua monarquía: los ingleses se reservaban, además, la isla de Malta, tan disputada, y el cabo de Buena Esperanza, que habían arrebatado á los holandeses.

En estas negociaciones, formularon también las potencias algunas bases provisionales para resolver en su día las cuestiones de carácter europeo, determinando que Alemania debería constituir una federación, Suiza ser independiente é Italia componerse de Estados soberanos, fuera de las provincias que se entregaran al Austria, las cuales, según artículos secretos que se redactaron, consistirían en los territorios limitados por el Po, el Tesino y el lago Mayor, es decir los antiguos Estados venecianos, el Milanesado y Mantua. En los citados artículos secretos se estipulaba, asimismo, que Holanda, sometida á la soberanía de la casa de Orange-Nassau, había de aumentarse con los departamentos cedidos por Francia entre su frontera de mil setecientos noventa, el mar y el río Meuse, es decir, los Países-Bajos austriacos y el país de Lieja. Las provincias de que se privaba á Francia en la orilla izquierda del Rhin eran destinadas á ser distribuidas, por vía de «compensación», entre los Estados alemanes. Finalmente, el territorio de la antigua república de Génova había de pasar al dominio del rey de Cerdeña.

Así concluyeron las guerras del Imperio. Francia republicana había realizado el ideal perseguido por la monarquía histórica, consistente en la posesión de las fronteras de la antigua Galia. Napoleón fué causa de que las perdiera, y Luis XVIII nada supo ó nada quiso hacer para estorbarlo.

El gobierno de la Restauración, por consiguiente, se anunciaba bastante mal, y si en los asuntos exteriores sus primeros pasos no honraron su previsión ni su patriotismo, pronto se convencieron las gentes de que no debía esperarse mucho más acierto de él en los de orden interior. Luis XVIII no carecía de instrucción; pero era pedante, excéptico y ligero en medio de su aparente seriedad. Ni quería confiarse á un primer ministro, ni era bastante trabajador para gobernar por sí mismo. Receloso y desconfiado, dejábase con todo manejar por los favoritos, y enemigo de las exageraciones, no estaba dotado de la